

á ella, pues una vez que subí á su casa con Irene, me recibió con mucha frialdad.

—Con mucho gusto—respondió Clemencia alegremente:—mañana por la tarde, ofrezco á usted que le presentaré á mi amiga. Ahora, Carlos, separémonos: procure usted calmar á su madre, mientras yo voy á despedir á esta otra pobre joven, víctima de un ruin engaño.

Carlos estrechó la mano de Clemencia con más ternura de la que jamás había usado con ella, y salió de la estancia, dirigiéndose, en vez de ir á buscar á su madre, á buscar á sus amigos.

Clemencia pensó que no era conveniente ir ella misma á hablar á Irene, y llamó á su camarera, que se presentó en seguida.

—Haz saber á esa joven costurera—le dijo—que ya no la necesito. Encárgate de su labor, págale y que se retire, á no ser que tenga que entenderse con la señora, en cuyo caso puede venir á tomar sus órdenes mañana, pues hoy se halla indispuesta.

La camarera fué á cumplir este mandato, y poco después Irene, roja de cólera y de vergüenza, salía del palacio, á través de cuyas ventanas se oía la alegre conversación, el choque de los vasos y la algazara de la comida de Carlos y de sus amigos.

XIV

Algunos días después, y á eso de las siete de la tarde, tenía lugar una magnífica escena á la salida del pueblo y en una casita recién edificada, ó más bien, recién levantada entre un montón de ruinas.

Era propiedad de Petronila, la viuda del albañil, quien, por la generosidad de Clemencia, había podido comprar la arruinada choza que el anterior propietario le había cedido y que algunos obreros, pagados por su joven bienhechora, habían reedificado en breve tiempo aprovechando los materiales viejos.

El patio se había convertido en una tiendecita de lienzos, pues Clemencia había creído, y con razón, que remediar la miseria presente no era nada, si no se precavía la futura.

Petronila tenía á la sazón una industria que le permitía ganar lo necesario para atender á su subsistencia y á la de sus hijos.

Los tres estaban gruesos y hermosos, y saltaban y cantaban alrededor de su madre, quien, para celebrar aquel día la inauguración de su tiendecilla, había convidado á su protectora, al padre Matías y á los sobrinos de la buena doña

Severa, que tanto la había favorecido en vida, y que fué víctima de su misma caridad.

En la trastienda, cuya ventana daba á un jardinillo, se hallaban reunidas, en torno de una mesa cubierta con un mantel blanco como la nieve, todas estas personas y una más, que se había convidado por sí y ante sí, y que era Carlos.

Tenía la tienda su mostrador de madera y una estantería llena de piezas de lienzo para la venta de las clases más comunes, y, por lo mismo, más usuales en el pueblo y en los lugarcillos vecinos: la estantería estaba cerrada con puertas de cristales.

La trastienda era una salita alumbrada por una gran ventana que, según queda dicho, daba á un jardinillo; estaba abierta, y el aroma de las flores penetraba por ella en las alas impalpables del ambiente de la tarde.

Al consignar que se hallaban en la trastienda todos los convidados, no hemos hablado con exactitud, pues nos hemos olvidado de uno que faltaba: éste era el padre Matías, y sólo á él se esperaba para dar principio á la merienda.

Sobre la mesa había ya queso, manteca, vasos de leche con azúcar y dos grandes fuentes de cerezas y albaricoques, cuyo aspecto hacía saltar de alegría á los chicos.

Delante de cada convidado había, además, un platito, que esperaba, al parecer, una jícara llena de chocolate.

En fin, ocupando el centro de la mesa, se veía un hermoso ramo de flores de vivos matices, colocado en un humilde jarro de loza verde.

Petronila iba y venía, siempre seguida de los tres chicos, que no querían separarse de su falda. Tenía que salir á la tienda para servir á algunas compradoras que, más por curiosidad que por otra causa, entraban, y luego daba una vuelta por la cocina, temerosa de que el gato le tirase las jicaras de chocolate, y pidiendo á Dios que no se retardase mucho la llegada del padre Matías.

Después de haber hecho una de estas excursiones á la cocina, fué á sentarse al lado de Clemencia, y exclamó con ternura:

—¡Ah, señorita!; apenas creo la dicha que tengo... ¡Qué feliz soy! ¡Ya mis pobres hijos no padecerán más hambre ni más frío! ¡Ya están al abrigo de toda necesidad! ¡Ya tengo mi casita, mía sola! ¡Oh, qué placer es poder decir *mi casa!* ¡Quién lo había de pensar, y menos yo, que era una infeliz mendiga!

Mientras así hablaba Petronila, Esteban y Clemencia escuchaban enternecidos y se conocía que, aunque no habían pronunciado la palabra *amor*, ésta se hallaba en su alma y subía hasta sus labios en una inefable y radiosa sonrisa, y hasta á sus ojos en una tierna mirada que de vez en cuando se dirigían.

Entretanto, Carlos cambiaba en voz baja alguna palabra con Avelina, que, tímida, conmo-

vida y ruborosa, no osaba alzar apenas los ojos del suelo.

Montereal la miraba con ternura; pero aquella reserva, aquella timidez, aquel delicado rubor se le iban haciendo algo fastidiosos, y con frecuencia, y sin quererlo quizá, sus ojos se volvían hacia Irene, que le devolvía una mirada provocativa é impregnada de promesas, ó una sonrisa burlona que le hacía poner rojo de cólera é indignación.

Digamos algo acerca de la respectiva situación de los cinco jóvenes, y de lo que había acontecido desde nuestro último período.

Ya sabemos que Irene salió del palacio despedida por Clemencia: la pobre llegó llorando á su casa, y su prima la dijo con dulzura y firmeza que ella sola era la que se había proporcionado la pena que experimentaba por no saber guardar su dignidad y su decoro.

Las palabras de Avelina impresionaron desagradablemente á Irene, que ya estaba algo resentida con su prima; así fué que le preguntó con sorna:

—¿Es acaso envidia ó caridad lo que te hace hablar de ese modo?

—¡Envidia!—repitió Avelina:—¿de qué?

—No sé: creo ver en ti una oposición muy extraña á que vaya al palacio, y creo también adivinar la causa de ella.

—La causa ya te la he dicho.

—La causa no es ésa: la verdadera causa es que

temes que vea al señor de Montereal, acerca del cual tienes pretensiones...

—Yo...

—¿Por qué, si no, cuando pasa él por la calle y estás tú al balcón, te pones tan colorada?...

Un subido carmín vistió las mejillas de Avelina al oír esta observación: era verdad que, acaso sin saberlo ella misma, veía con placer y emoción á Carlos cuando pasaba por debajo de su balcón; era verdad que, siendo tan distinto de todos los jóvenes del pueblo, que formando con ellos tan perfecto contraste, se había dicho más de una vez que la mujer á quien Carlos amase, sería muy dichosa; era verdad que, al ver que su prima iba todos los días al palacio, donde Carlos podía verla y hablarle, un sentimiento amargo se había deslizado en su corazón.

Así es que, ante la acusación de su prima, le faltaron las palabras é inclinó la cabeza en silencio.

Irene, alentada con el abatimiento de Avelina, prosiguió:

—Siempre has caminado delante de mí, prima mía, y siempre me has causado cuantos perjuicios has podido: viviendo nuestra tía, me robabas su cariño; tú tenías todas sus alabanzas, yo toda su reprobación; después te has declarado señora absoluta de tu casa y has querido encerrarme en ella. ¡Pero ten cuidado, porque soy muy mala para enemiga, y lo que es ahora creo que quedarás vencida!

Irene salió, dichas estas palabras, y Avelina la siguió con una mirada atónita y triste. Pero era demasiado inocente para que durase su aturdimiento, y pronto alzó la cabeza y se echó á reír exclamando:

—¡Vaya un modo de decir tonterías! La pobre Irene se ha deslumbrado á la vista del becerro de oro. ¡Quiera Dios desengañarla y hacerla muy feliz!

Pero no tardó en mezclarse á estas reflexiones una sombra negra, la sombra de los celos: amaba y temía.

Avelina era una criatura dulce, poética, que no podía ser comprendida de los jóvenes de aquella aldea, que veían en ella sólo una muchacha insignificante, lo mismo respecto á belleza que á bienes de fortuna. Humilde flor nacida á la orilla de un solitario arroyo, únicamente había sido comprendida y amada por su tía; hasta su hermano la conocía poco, por decirlo así, porque á causa de las locuras de su vida, no se había cuidado de estudiarla, y también porque Avelina, tímida y pudorosa, cerraba su alma como una sensitiva al menor contacto un poco rudo.

Ella, por su parte, no pensaba siquiera en aquellos jóvenes, toscos, faltos de educación y de trato, y que nada decían á su corazón ni á su cabeza. Pero á la vista de Carlos, al contemplar su noble figura, su fisonomía espiritual, amable é insinuante, toda su alma se estremeció; al oír su

voz el día que fué á acompañar á su prima, al ver sus maneras galantes y llenas de distinción, al leer en sus ojos un afecto verdadero, suplicante, profundo, afecto que en realidad sentía Carlos, porque ya sabemos que la presencia de Avelina le recordaba á aquella Atenais á quien había amado, la pobre huérfana sintió que un mundo desconocido se abría ante sus ojos, y, sin apercebirse de ello siquiera, abrió su corazón á una grata esperanza.

Por eso aquella tarde, á pesar de que su primer instinto fué reírse de las locas amenazas de su prima, tembló, y su sonrisa se apagó helada bajo la impresión de un terror profundo y repentino.

Aún se hallaba dominada por esta impresión, cuando la vieja criada entró á decirle que la camarera de la señora de Montereal venía á buscar á Irene de parte de su ama.

—Avisela usted, pues—dijo Avelina:—ella hará lo que quiera.

—¡Lo que querrá ella será irse, claro está!—refunfuñó la tía Homobona al salir.

En efecto, un instante después entró Irene, y dijo á su prima con aire triunfante:

—¡Adiós! La señora de Montereal ha enviado á buscarme.

—Ya lo sé—contestó Avelina.—¿Y te irás sin esperar á que venga Esteban? ¿Y si él no aprueba que vuelvas á esa casa?

—Me importa poco: ¡adiós!

—Adiós—dijo Avelina mirando á su prima con tristeza.

Desde aquel día, Irene sólo volvía á dormir á su pobre casita, y sus primos sabían que comía con la señora de Montereal, y que salía con ella en su mismo carruaje.

—¿Por qué le hemos de arrebatar una buena suerte?—observó Esteban un día que su hermana le hablaba de la estancia de su prima en el palacio.—Esa anciana señora gusta de su compañía, y estando con ella nada puede perder la buena reputación de Irene.

Avelina sacudió tristemente la cabeza, aunque sin decir una sola palabra.

—Hermana mía—exclamó Esteban,—¿serías acaso envidiosa?

—¡Yo envidiosa!—gritó la pobre joven con un acento arrancado del alma.—¡Ah, Esteban! ¡Haga Dios á Irene tan dichosa como yo deseo!

—¡Oh! perdona mis palabras. Yo debía saber que un ángel como tú no puede tener envidia; pero, ¿qué quieres? Á veces soy brusco y mal pensado. Háblame de ti, de lo que pasa en tu corazón: ¿Clemencia no es tu amiga? ¿Estás contenta de su afecto? ¿Te ha hablado del suyo el señor de Montereal? ¿Le amas? ¿Te ama él? ¿Estás segura de que tiene hacia ti la afición que mereces?

—No—dijo Avelina;—jamás he pensado que sus muestras de simpatía encierren un amor ver-

dadero: está entre él y yo el becerro de oro. Pronto volverá á Madrid, y en Madrid me olvidará.

—¿Quién sabe?

La joven meció de nuevo la cabeza con el movimiento lento y triste que le era habitual; su hermano no reparó en la desolada expresión de su semblante, y salió para ir á trabajar con el notario, pues desde que pensaba en Clemencia había desplegado una actividad extraordinaria.

Algunos días después del en que tuvo lugar la conversación anterior y la vuelta al palacio de Irene, se verificaba la reunión en casa de Petronila para celebrar la apertura de su tienda.

Irene había sido también invitada por la misma Petronila, que no podía olvidar que era la sobrina de su querida y llorada bienhechora. La joven, copiando los modales de la madre de Carlos, había mejorado notablemente sus toscas maneras; los cuidados de su ambición la habían adelgazado algún tanto, y las continuas galanterías de los amigos de Carlos, que aún se hallaban en el palacio, habían dado animación á su mirada y á su sonrisa.

Ostentaba, pues, en realidad, una hermosura espléndida á causa de sus cabellos dorados y de su tez de una nacarada blancura.

—Avelina—dijo Clemencia á su amiga,—esta tarde voy á hacer una proposición á ese buen sacerdote amigo tuyo: si accede á ella, seré muy feliz, porque no tendré que volver tan pronto á

Madrid, del que estoy tan cansada, que lo que es por ahora puedo decir que le detesto.

—¡Pues qué!; ¿se trata de volver á Madrid?— preguntó Esteban palideciendo de repente.

—La madre de Carlos, que es aún mi tutora y que lo será por espacio de tres meses todavía, quiere volverse ya. Yo quisiera que se contentase con la compañía de su hijo y que me dejase á mí en Egea.

—¡Usted sola aquí! ¡Eso me parece imposible, señorita!—observó Avelina, que también había palidecido al oír hablar de viaje.

—¿No me quieres dar el placer de llamarme de tú?—preguntó Clemencia con el acento de una dulce reconvención:—pase por esta vez, pero á la otra me enfadaré. Por lo que hace á quedarme aquí hasta mi mayor edad, no lo creo imposible, si el padre Matías, al que sólo conozco de verle en tu casa, pero al que tanto alabáis, quiere amparar mi soledad.

—Ya lo oye usted, Avelina—dijo en voz baja Carlos al oído de la joven:—voy á alejarme de aquí, porque debo acompañar á mi madre: ¿no podré alcanzar lo que deseo? Media hora para hablar á usted á solas y con toda confianza, ¿es mucho pedir?

—Es más de lo que yo puedo dar—respondió la joven con acento temeroso y triste.—¿Por qué quiere usted comprometer mi reputación? ¿No nos vemos siempre que usted lo desea? Desgraciada-

mente, no hay muchas personas alrededor mío que me incomoden.

—Sin embargo, sobran para quitarnos toda libertad. Esa mujer que sirve á usted, está siempre entrando y saliendo; ese buen padre Matías ha llegado á interrumpirnos las dos veces que he ido á ver á usted con la firme intención de hablarle gravemente.

—Señor de Montéreal—dijo Avelina con entereza,—usted dice que me ama y yo no tengo motivo para dudar de la veracidad de usted; pero como soy una pobre muchacha lugareña, el amor de usted me parece una felicidad inesperada, y tanto más, cuanto que yo siento también que mi corazón se inclina hacia usted. Convéncame usted, pues, de que soy verdaderamente dichosa, de que su afección por mí es sincera y no hija de un mero capricho, con la delicadeza de su conducta, con su confianza en mí, con todas las pruebas, en fin, que, según lo que yo pienso, deben ser las manifestaciones del verdadero amor.

—¡Qué extrañas ideas!—murmuró despechado Carlos, y volviendo la cabeza al otro lado, donde su mirada, llena de enojo, se encontró con la acariciadora mirada de Irene, llena de seductoras promesas.

—No es extraño que sean raras mis ideas respecto al amor—observó Avelina tristemente:—he sido educada por mi tía, que no amó ni se casó jamás. Sin embargo, señor de Montéreal, sigo

también lo que mi conciencia y mi instinto me aconsejan, y creo que no me engaño.

—¡Aquí está ya el padre Matías con Palomo! —dijo entrando con alegría el hijo mayor de Petronila, que, al efecto, se hallaba apostado á la puerta.

Un instante después entró el venerable religioso, lleno de polvo y con señales de haber hecho un largo camino.

Petronila le acercó una silla á la mesa; uno de los chicos tomó su sombrero, otro su bastón, y el tercero se apoderó de su mano y se la besó con afecto y veneración.

—He hecho esperar á estas señoritas y á este caballero, ¿verdad, Petronila?—dijo.—Perdón. Á pesar de que sentía mucho mi tardanza, no he podido evitarla.

—¿Á que sé de dónde viene usted?—preguntó Petronila poniendo delante del religioso su jícara de chocolate.

—De ahí..., de un pueblo vecino...—balbuceó el padre Matías, confuso y lleno de rubor, como si hubiera hecho una acción vergonzosa. Luego, y como gozoso de que le hubiera ocurrido una idea luminosa, exclamó:

—¡También Avelina lo sabe!

—Viene usted de socorrer á una pobre familia, cuyo padre, que es jornalero, se halla atacado de la fiebre hace ya ocho días—dijo Petronila:—yo también lo sé.

—¿Pero qué tiene mi prima?—observó Irene malignamente, al ver la actitud abatida y triste de Avelina.

—¿Yo?... ¡Nada..., nada!—respondió ésta alzando la cabeza.

Todos empezaron á tomar el chocolate; pero los ademanes de Carlos eran bruscos é impacientes: su carácter indomable se rebelaba contra la apacible resistencia de Avelina respecto de la entrevista á solas que le pedía sin cesar y que ella le negaba siempre.

—Padre Matías—dijo Clemencia,—yo quiero hablar á usted de un asunto mío; y si es tan bueno que me concede media hora de audiencia, cuando concluyamos de tomar el chocolate pasaremos al jardín y le diré de lo que se trata.

—Estaré á las órdenes de usted, señorita—contestó el anciano; y volviéndose á Petronila, que servía en pie á sus convidados, añadió:

—Mira, no te enojés si no como estas tortas de manteca, porque ayuno, y aunque me gustan mucho... me sorbo el chocolate.

—¿Cómo! ¿Ayuna usted con el viaje que ha hecho á pie?—exclamó Esteban.

—Sí, hijo mío: ayuno un día sí y otro no, por oferta, desde hace diez años.

—¡Ah, sí! Cuando mataron malamente á Pedro el cojo—dijo Petronila,—el padre Matías ofreció ayunar un día sí y otro no, durante toda su vida, para que Dios recibiese en su gracia el

alma del pobre hombre, que murió sin confesión.

—¿Siendo hombre de talento, cree usted en esas cosas?—preguntó Carlos, cuya fe naciente vacilaba al soplo del enojo que despertaba en él la firmeza de Avelina, como vacila una débil luz al soplo del aire de la tempestad.

—Antes que hombre de talento, dado caso que lo sea, soy cristiano humilde, caballero—dijo el padre Matías con dulce gravedad;—y el que lo es, cree verdadera, ciega y profundamente.

Carlos dejó ver una sonrisa amarga, y volvió á decir algunas palabras en voz baja á Avelina, á las que la joven respondió con un ademán negativo.

En cambio, Clemencia y Esteban, sentados el uno al lado del otro, se miraban y murmuraban algunas frases, al parecer, inocentes, pero en las que se encerraba un mundo de amor.

—Vamos al jardín—dijo aquélla así que se hubo terminado la sencilla merienda preparada por Petronila.—Venga usted, padre Matías; y usted, Esteban, sígame también.

Los nombrados se levantaron de la mesa. Irene los imitó, y se aproximó á la ventana cantando á media voz y dejando caer sobre su prima y Carlos una mirada burlona.

Montereal se acercó más á Avelina y le dijo con voz rápida é imperiosa:

—Esta noche necesito verla á usted y hablarle sin testigos.

—Dígame usted ahora lo que tenga que decirme—respondió Avelina.

—¡Ahora es imposible!

—¿Por qué causa?

—Porque está ahí su prima de usted.

—Me voy, ya que estorbo—dijo Irene, que oyó las últimas palabras de Montereal.

—¡No; quédate!—suplicó Avelina con voz que tenía algo de lastimera.

—Volveré luego...; no me gusta incomodar—dijo la joven saliendo de la estancia.

Las mejillas de Avelina se vistieron con el rubor de la indignación; encendióse en sus ojos una llama extraña; y volviéndose hacia Carlos, le dijo con una expresión que se parecía á la del desafío:

—¡Ya estamos solos...: hable usted!

—Sí, hablemos—dijo Carlos pasando su brazo alrededor del talle de Avelina;—hablemos, amor mío: ¡tengo tantas cosas que decirte!

—Yo también... y voy á empezar—repuso la joven.—Déjeme usted tranquila—añadió desasiéndose del brazo de Carlos,—y escúchelas: usted siente por mí yo no sé qué capricho, al que da el nombre de amor; usted no quiere hacer de mí su esposa: ha pensado en distraer su tedio conmigo, y próximo ya á partir para la corte, donde me olvidará, trata de seducirme para tranquilizar su amor propio, alarmado con la resistencia de una pobre lugareña ignorante y sencilla. Y bien, caballero: yo amo á usted con el primer amor de

mi vida; mas por grande que este amor sea, jamás me hará olvidar de mí misma hasta el punto de ceder á sus exigencias; si lo que usted siente por mí es un capricho, como supongo, délo usted por terminado y váyase; si es amor, hable usted de él á mi hermano, y dé así una muestra de que no quiere engañarme.

Carlos miró á la joven como atónito de sus palabras; le parecía imposible que aquella muchacha inocente, humilde, tímida como una niña de diez años, pudiese hablarle con tanta firmeza é imponerle condiciones. La benéfica influencia de sus primeras entrevistas con el padre Matías y la contemplación de aquella exuberante naturaleza, parecían haber reanimado en él los instintos nobles de que el cielo le había dotado, y que la ociosidad y los extravíos de una larga y estéril juventud se habían encargado de enervar; pero el pernicioso ejemplo de Irene, de aquella mujer bella, que le convidaba con el amor fácil que le rehusaba Avelina, había vuelto de nuevo á envolver en sombras su alma.

La vanidad, la feroz vanidad del hombre de mundo, del hombre rico, del hombre afortunado, se levantó en su pecho rugiendo como un monstruo, y le mostró á Avelina como la más calculista y la más helada de todas las criaturas.

—¡Ah!—exclamó tras de algunos instantes de silencio;—¡conque también las lugareñas quieren atrapar pronto marido! Pero, mi buena amiga,

¿está usted acaso soñando? ¿Usted pretende que yo sea su esposo? ¿Quién se lo ha hecho creer? ¿Sabe usted quién soy yo? ¿Se ha olvidado ya de quién es?

—No, señor—repuso Avelina, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de cólera y de vergüenza:—yo soy una mujer honrada, y usted un hombre que ha tratado á muy pocas que lo sean. Para acabar, le repito lo que antes le dije: no comprendo el amor más que legítimo, noble, sancionado con la aprobación de los míos; no recibiré á usted á solas; no le haré ninguna concesión, sépalo desde ahora, y no espere que varíe nunca en mi decisión.

—Ni lo espero, ni lo deseo—dijo Carlos.—Guarde usted, querida Avelina, su extraña é inútil virtud; y digo inútil, porque hasta hoy creo que sólo yo he intentado vencerla: ahora me arrepiento y me retiro.

Inclinóse irónicamente, al decir estas palabras, delante de Avelina, que sintió helársele el corazón y que la tierra faltaba debajo de sus pies, y se acercó á Irene, que había vuelto á entrar y cantaba apoyada en la ventana.

—Escucha—le dijo:—mañana se va el marqués á Madrid; te irás con él y me esperarás allí. No te lleves nada de tu casa, ni digas una palabra á tu familia acerca de ese viaje.

—¿Vencí yo por fin?—preguntó Irene con una sonrisa de que se la hubiera creído incapaz quince días antes.

—Sí—respondió con serenidad Montereal:—la tonta de tu prima ha cometido la ridícula torpeza de hablarme de boda. Está preparada para mañana por la noche; una carta mía te avisará de todo. Yo iré muy pronto con mi madre.

XV

—Señor—dijo Clemencia, no bien se hallaron sentados en el jardinillo de la viuda del albañil, mirando al padre Matías con respetuosa ternura:—he oído hablar de usted con tanta veneración á cuantos le tratan, que hace días participo yo de ese mismo sentimiento. Yo no tengo padres ni hermanos, y me veo sola en el mundo: á usted, como sacerdote y como hombre virtuoso y justo, vengo á decirle lo que pasa en mi alma y á pedirle un consejo, como si lo pidiese á mi padre.

—Hable usted, hija mía—repuso el religioso con dulce gravedad:—ni mi consejo ni mi cariño han de faltar á usted.

—Pues bien, padre mío, escúcheme usted y permita que tome desde algo atrás el hilo de la narración que quiero hacerle.

Nací muy rica, pues ya lo era mi padre cuando llegué al mundo; mi madre era angelical y poderosa también; murió muy joven, y yo quedé al cuidado de mi padre, quien había sufrido los horrores de la pobreza durante una parte de su vida, y creía que la riqueza era el origen de todas las dichas de la tierra: en esta creencia fui yo

educada, y no hubo capricho que se me rehusase en el mundo.

Perdí á mi amoroso padre, y se encargó de mi cuidado la señora de Montereal, persona muy rica y muy apegada á su opulencia. Esta señora continuó la tarea que mi padre había empezado, y llegué á los veinte años y medio fatigada con el peso de la riqueza y gastada sin haber vivido, porque jamás había tenido nada que desear.

Estaba destinada para ser esposa del hijo de mi tutora, y aceptaba este proyecto sin repugnancia alguna, porque jamás había conocido el amor; tampoco había conocido los dulces encantos de la caridad y el suave consuelo de la oración, ni había visto la celeste luz de la esperanza, porque lo que tenía me parecía el supremo bien; y sin embargo, ¡qué desgraciada era, padre mío! Mi alma gemía como una pobre esclava privada del aire y de la luz; yo languidecía consumida de hastío, y mi rostro de veinte años se iba poniendo marchito como lo estaba mi corazón. ¡La estéril adoración del becerro de oro, que veía en torno mío, helaba mi alma!

En tal estado, llegué aquí; la naturaleza me habló, con su lenguaje de luz, de ambiente, de flores; leí en los cielos las palabras *Dios* y *Gloria* escritos con estrellas; le oí á usted predicar en la iglesia, y su palabra clara y sencilla, pero llena de calor, de vida, de fe, despertó mi alma del triste letargo en que yacía; vi á los labradores entre-

garse al rudo trabajo, por su esposa y sus hijos, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón; el mío *deseó*: deseó amar, rezar, hacer bien á los desgraciados; se desentumeció, se inflamó con el calor, con la fe, con el entusiasmo, con la caridad; recé, creí, esperé... ¡y amé á este joven desde un día en que supe, sin que él se apercibiera, que era bueno y generoso para una mendiga á la que ofreció su mesa y una parte de lo poco que poseía!

Clemencia se detuvo al llegar aquí: un púdico encarnado cubría sus mejillas, y de sus ojos se escapó una lágrima que recogió con su pañuelo.

El religioso apoyó paternalmente la mano en la rubia cabeza de la joven, y le dijo con su voz reposada y dulce:

—Adelante, hija mía.

—No bien estuve convencida de que no amaba ni podía amar á mi futuro esposo, se lo dije leal y sinceramente: él me confesó que tampoco me amaba, y quedamos libres. En cuanto á Esteban, aunque nos hemos visto cada día, aunque, según creo, sabe mi amor y participa de él, nada me ha dicho acerca de sus sentimientos, por favorables que éstos me sean, acaso por motivos de delicadeza: él es pobre, yo soy rica; yo he callado también según el decoro me aconsejaba; pero ahora, padre mío, le confieso á usted, en su presencia, que le amo y que pienso que sólo á su lado seré dichosa...

—¡Ah, padre mío!—exclamó Esteban;—reciba usted el juramento que le hago de mi amor á Clemencia. Ella no ignoraba que yo lo sentía: ¡yo tengo por una nueva dicha el confesárselo delante de usted!

—Ahora bien—prosiguió la joven:—mi deseo es casarme con Esteban así que llegue á mi mayor edad, muy cercana ya; pero mi tutora, enojada de que su hijo y yo hayamos roto nuestra unión, quiere llevarse á Carlos á Madrid. Yo deseo quedarme, padre mío, quedarme en esta apacible soledad para prepararme á los deberes que tengo que cumplir cuando sea esposa: necesito recogerme en mí misma, pensar y orar; ganar, en fin, para Dios y para mi entendimiento los veinte hermosos años que he perdido en las frivolidades del gran mundo. ¿Cree usted que debo casarme con Esteban? ¿Cree usted, como yo, que no debo buscar la felicidad en otra parte, cuando la tengo aquí?

—Creo que ambos seréis muy dichosos—respondió con gravedad el sacerdote.—Todo lo que en tu alma haya aún de frialdad y de cansancio, desaparecerá al contacto de la alegría y el entusiasmo del alma de Esteban. Sí, creo que ambos seréis dichosos; pero antes de celebrar vuestra unión, debéis meditarlo un poco y aprender á conoceros.

—Y bien, padre mío—dijo Clemencia:—como Esteban no puede abandonar á su hermana para

ir á Madrid, y como allí no le dejarían verme, es forzoso que, según he indicado, sea yo la que se quede: ¿quiere usted vivir á mi lado, ser mi apoyo, mi tutor y mi padre?

—¿Quién lo duda, ni qué me cuesta complacerte, hija mía?—repuso el anciano.—Sí; aquí amarás á Dios y aprenderás á comprenderle en el gran libro de la Naturaleza; aquí leerás y alimentarás á la par tu corazón y tu entendimiento. Si tu tutora consiente en que te quedes, yo iré á acompañarte al instante. Te prepararás á ser buena esposa ejerciendo la caridad, orando y pensando, y el amor y la amistad embellecerán tus horas, pues en la cariñosa Avelina has hallado ya una tierna amiga.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Clemencia alzando al cielo una mirada de gratitud.—¡Bendita sea su mano providente, que me ha traído á este humilde rincón donde debía encontrar la paz y la felicidad!

—Y ahora—prosiguió—voy á volver á casa acompañada de Petronila. Adiós, Esteban; ya soy tu prometida, ya sabes que te amo, y todos los días te veré en presencia del padre, de mi querido protector.

Clemencia besó la mano del padre Matías; dirigió una tierna mirada á Esteban, que apenas podía dar crédito á sus oídos, y salió del jardín.

Esteban salió un instante después para seguir con la vista, desde la ventana, el blanco vestido

de Clemencia. El padre Matías, al que seguía el fiel Palomo, iba igualmente á abandonar el jardín, cuando sintió que una mano helada se apoyaba en la suya y que una voz débil pronunciaba estas palabras:

—¡Padre, padre! ¡Venga usted en mi socorro, porque me siento morir!

El religioso se volvió con espanto: había conocido la voz de Avelina. Ésta se asió á él con el mortal desfallecimiento del náufrago: el padre Matías la sostuvo, y, á una débil seña de la joven, volvió á entrar con ella en el jardín.

XVI

Hallábanse solos en el humilde huertecillo de Petronila el anciano y la joven.

La tarde acababa.

La luna aparecía en el cielo, como la bella y silenciosa soberana de la noche.

Cada pajarillo había buscado su lecho en la rama de un árbol, y ya callaban todos entregados al sueño; sólo el ruiseñor entonaba su himno á la noche; las ranas dejaban oír su monótono ronquido en el vecino arroyo, y las cigarras su eterno canto entre las hojas de los mismos árboles donde las aves reposaban.

—¿Qué te sucede, hija mía?—preguntó el padre Matías sentándose sobre una piedra y haciendo sentar á Avelina á su lado.—¡Qué pálida estás! ¡Jamás te he visto así!

—¡Padre, se va..., se va! ¡Me abandona!—exclamó la pobre niña, cuya mirada estaba apagada y triste;— ¡y además me ha ultrajado..., me ha dirigido palabras insultantes!... ¡Ah! ¿Por qué ha venido aquí? ¡Era yo tan dichosa y vivía tan tranquila!

Detúvose Avelina para dar paso á los sollozos que la ahogaban; pero aquella explosión alivió su